

CAPITULO LIII.

Ni facciosos ni cristinos.

Hora es ya de que volvamos á buscar á Rosa, á la que dejamos haciendo prodigios de valor y captándose la voluntad de la partida de bandoleros que la habian acogido en su seno.

Juan el Curro, hombre rudo, de costumbres ásperas, de génio desapacible que blasonaba de no haberse sometido jamás á los caprichos de una mujer, era su esclavo mas sumiso.

Enamorado locamente de ella estuvo mucho tiempo sin querérselo confesar á sí propio, luchando con su orgullo y con su pasion, hasta que ésta le rindió por completo y cayó á los piés de la ingrata que jugaba con él cual si fuera un niño tan pronto desdeñándole como atrayéndole para conocer con esta hábil estratègia hasta qué punto dominaba en su corazon.

El talento de la jóven aldeana verdaderamente maravi-

lloso, adquirió un desarrolló completo entre los bandoleros que la miraban como á un oráculo y la respetaban y la querian por que en varias ocasiones les salvó la vida y dirigió las operaciones con tal arte y maestría, que consiguieron hacer mucho dinero sin esponerse y evitando caer en manos de las tropas de la Reina y al propio tiempo de las de D. Carlos.

Ellos hicieron las montañas de Aragon teatro de sus hazañas, refugiándose en un impenetrable y espeso monte, cerca de Jaca donde era de todo punto imposible encontrarlos.

Mas como para nuestra vista desaparecen las fragosidades de los montes y nada se nos oculta, vamos á penetrar en el ignorado retiro de Rosa y su partida en una noche de setiembre del año 1837 en que se celebró el convenio, y en la misma época en que Jaime supo la muerte de su padre y de su suegro, y emprendió su viaje hácia Huesca; pero antes vamos á decir como consiguieron llegar hasta el seguro asilo.

Para que nuestros lectores conozcan la impenetrabilidad del sitio en que se refugiaron los bandidos, haremos una ligerísima descripcion de la localidad que facilitará la buena inteligencia de los sucesos que han de sucederse.

Difícil, sino imposible seria presentar una acabada idea de las altas, ásperas, fragosas y en parte inaccesibles montañas que se elevan en este confin de la provincia de Huesca, donde los montes Pirineos se levantan magestuosos, cubiertos de perennes nieves, formando una estensa barrera, cuyas montañas se suceden con una altura extraordinaria prolongándose indefinidamente.

Hay algunas que suelen tener mas de tres horas de subida desde su pié, cuyas aguas vertientes dividen los dos reinos de España y Francia.

Estas últimas montañas se componen comunmente de granito ó piedra berroqueña, conocida por los naturales con el nombre de piedra de trillo. Están pobladas de pinos, abetos, hayas, avellanos y bojés, con muchas plantas medicinales.

En diferentes sitios se ven varios precipicios de una profundidad espantosa, conservándose en la cúspide de ciertos montes cisternas muy notables que han respetado los siglos.

Hacen mas impenetrables estas montañas la frondosidad y aspereza de los bosques que las rodean á su falda, en que prevalecen los pinos y hayas de una corpulencia admirable, infinitos abedules, robles y carrascas en que jamás se ha hecho una limpia.

El terreno es todo escabroso y desigual, muy escaso de llanuras, y con muy malos caminos en la época á que me refiero. No léjos de la montaña que Rosa habia elegido por guarida iba el camino que conducia á Huesca; estaba continuamente vigilado por uno de los bandidos, que situado en una atalaya y con el anteojo siempre en la mano, no dejaba pasar bicho viviente sin que sufriera el mas minucioso exámen.

Las ruinas de un antiguo castillo que todavía conservaba en pié sus torreones, servian de abrigo á los bandidos. Allí estaban perfectamente alojados y en completa seguridad, por que el ascenso era imposible para las personas extrañas.

Aislada esta montaña en medio de un bosque impene-
trable, tenia á su costado por la parte Sur un precipicio es-
pantoso en cuyo fondo corria con estrépito un abundante
manantial de agua.

Siendo perseguidos una vez por la tropa que les iba al
alcance, y habíalos ya desalojado de todas sus guaridas,
llegaron al pié de este insondable abismo, jadeantes de fa-
tiga, muertos de hambre y de sed y con el desaliento mas
grande en su alma por que estaban encerrados en un es-
trecho círculo, del que no podian salir, sino para ser fusi-
lados irremisiblemente.

Rosa mas valiente que todos ellos, hizo alto al borde de
aquella infernal garganta; echó pié á tierra, dejó que su
caballo pastase á sus anchas y fué á sentarse en una pie-
dra, contemplando con tristeza mezclada de ansiedad el
magnífico arroyo que corria entre arbustos y peñascales en
el fondo del precipicio.

Juan el Curro y algunos bandidos la imitaron, otros
quedaron sobre sus caballos, con las armas en la mano, y
esperando de un momento á otro ver llegar las tropas que
los perseguian.

Mas de veinte meses llevaba Rosa con ellos, y en todo
este tiempo consiguieron ser el terror de las provincias li-
mitrofes á Huesca que los tuvo en su seno, no como faccio-
sos, pues, dominados por Rosa, negáronse á seguir mili-
tando bajo las banderas de D. Carlos, y desdeñaron las de
Isabel II no creyendo que ni unas ni otras merecian sus ho-
menajes sino como ladrones.

—No necesitamos ayudar á tiranos, les decia Rosa; en
uno ú en otro campo, solo serviremos de instrumentos para

sus fines, busquemos la libertad en nuestras propias fuerzas y la encontraremos cuando seamos poderosos y lo seremos; yo os lo prometo.

Con esta esperanza robaron á todos los ricos que pudieron y protegieron á los pobres, amparando siempre á los débiles y á los niños que eran las máximas de aquella mujer singular.

No era esta ya la tímida y hermosa criatura que hemos conocido en Moralejo, veinte meses de fatigas, viviendo al aire libre, y entregada al penoso ejercicio de una vida agreste y aventurera habíanla trasformado por completo.

Nadie al verla á la cabeza de los bandidos seguida siempre del Curro, hubiera dicho que era una mujer, la primera en el peligro, como si se hubiera complacido en buscar la muerte que la respetaba, era la última en retirarse del fuego, cuando atacaban al enemigo y la última tambien en disfrutar del descanso al arribar á un puerto seguro.

Estaba mas alta, y mas desarrollada.

Sus músculos habian adquirido una fuerza prodigiosa y su rostro que antes reflejaba la dicha y el amor, aparecia ahora ceñudo y sombrío; relampagueaban sus ojillos grises, y la mas viva espresion de desden y de altanería se pintaba en aquellas facciones tostadas y curtidas por el sol, y por los hielos.

Mil y mil empresas habian acometido en aquellos veinte meses, arriesgadísimas las mas, y tenido varios encuentros ora con facciosos, ora con cristinos, porque indistintamente segun convenia á sus planes adoptaban los unifor-

mes de los unos ó de los otros, siendo su único móvil apoderarse de los caudales y robar cuanto podian.

La valentia, la destreza, y la poderosa inteligencia de Rosa les salvó varias veces y de tal manera la querian y respetaban aquellos hombres encanecidos en el crimen, que obedecian sin replicar sus menores indicaciones.

Sin embargo, perecieron muchos y la partida que se componia en un principio de mas de cien hombres estaba reducida á unos treinta en el momento en que volvemos á encontrarlos.

Pero habian adquirido grandes riquezas que llevaban consigo, y fueron replegándose hácia los Pirineos para poder internarse en Francia, cuando tuvieron aviso de que uno de los suyos les habia hecho traicion, delatando todos sus crímenes, y eran perseguidos de cerca por numerosas fuerzas, que formando un estenso cordon les cortaban el paso á Francia, impidiéndoles volver otra vez al interior de la provincia.

Esta era la causa que hizo á Rosa sentarse tan preocupada al borde del precipicio.

CAPITULO LIV.

Proyecto arriesgado.

—Estamos vendidos, la dijo el Curro sentándose á su lado, y yo no sé como vamos á salir del atolladero.

Rosa le miró con desden y apoyándose en el tronco de un árbol, continuó abismada en su meditacion.

Indudablemente ella buscaba los medios de salvarlos.

—Lo que yo os digo, exclamaba el Chivato, es que esta vez no nos salva Rosa con toda su inteligencia; hora es ya de que se estrelle.

Los compañeros que le rodeaban le miraban con desconfianza y uno de ellos, el lechuguino, separándose del grupo, se acercó á Rosa y la dijo al oido una palabra; en seguida se volvió á su sitio para seguir escuchando.

Rosa clavó en aquel grupo una mirada penetrante que se fijó en el Chivato, dejándola sobre él durante su peroracion que no oia distintamente; pero la adivinaba por los movimientos y gesticulaciones del bandido, que era un

hombre muy cómico, propósito para gracioso de un teatro, y que tenía la costumbre de estar siempre declamando.

—Compañeros, decía con gravedad; soy de opinion que desertemos cada uno por su lado, repartámonos lo que nos corresponde y disuelta la partida, cada uno verá de librarse lo mejor que pueda; teniendo dinero muy fácil es abrirse camino.

—Yo no abandono nunca en el peligro, ni á Rosa ni al capitán; exclamó uno de los bandidos.

—Ni yo, ni yo; contestaron varios.

—Pues yo sí; con qué vamos á ver quien de vosotros me sigue; es preciso tomar una resolucion antes que las tropas se nos echen encima y no tengamos remedio. La salvacion es imposible. El general Espartero con su ejército está en la frontera, rodeados por todas partes de tropas que conocen nuestros crímenes y tropelías se nos busca y no podremos escapar. En esa montaña de ahí enfrente podríamos refugiarnos momentáneamente; pero hay delante un precipicio insondable que no es posible atravesar, vedle compañeros y decidíos.

El Chivato señalaba con la mano el abismo que tenían á sus piés y observaba el rostro de sus compañeros que estaban asustados y se miraban unos á otros como creyendo darle crédito y dudando.

Rosa comprendió en su actitud, que las palabras del Chivato empezaban á sembrar en sus ánimos la desconfianza y sin dejar de mirarlos, dijo al Curro:

—Chivato nos hace traicion, y ahora trata de seducir la jente.

—Hace tiempo que te lo dije, y no me has querido

creer; exclamó el Curro; Chivato es un traidor, nos odia á tí y á mí y tiene un alma feróz y un corazon enteramente corrompido.

—Ya lo creo; él nos ha delatado descubriendo nuestra última guarida que hemos tenido que abandonar y por su causa nos vemos errantes y en este peligro inmenso.

—Ahora mismo voy á arrojarle al precipicio; gruñó el Curro levantándose con indignacion.

—Detente; le dijo Rosa; le reservo mayor castigo.

El Curro se volvió á sentar.

Uno de los centinelas que tenian espianando el camino, llegó en aquel momento á decir que un coche que llegaba de Francia se dirigía por el camino de Huesca, siguiéndole otro á muy poca distancia.

—Quién vá en el primero? preguntó Rosa.

—Niños pequeños y criadas, segun el porte.

—Y en el segundo?

Una señora y un caballero que deben ser jente gorda, les escoltan algunos criados á caballo.

—Dejar que pase el primer coche y atacar al segundo: exclamó Rosa con autoridad.

El bandido fué á transmitir esta órden, y en el momento se separaron ocho ó diez bandidos del grupo en que estaba perorando el Chivato; éste quiso impedir que obedecieran, pero llegó Rosa por detrás y poniéndole la mano en el hombro le dijo con una calma feróz y dirigiéndole una mirada de hiena:

—¡Chivato!... no me conoces todavía!...

El bandido que era un hombrecillo, pequeño, delgado, pero vigoroso y de atléticas fuerzas, la miró y bajó los ojos

temblando ante aquella mirada que contenía un mundo de amenazas.

Ni una palabra mas le dijo Rosa.

Se dirigió luego hácia los bandidos y exclamó con la mayor confianza:

Tenemos un asilo seguro, impenetrable, donde nos ocultaremos dos ó tres meses hasta que las tropas se hayan alejado de la frontera, y podamos penetrar en Francia, ó quedar en España, segun nos convenga. ¿Quién de vosotros me sigue?...

—Yo! yo! yo!... repitieron todos.

Únicamente Chivato permaneció en silencio.

—Y tú no dices nada?... le preguntó Rosa.

—Dudo mucho que sea eso verdad; y aunque lo fuera, estoy cansado de esta vida y quiero que se me dé mi parte y me marche á reunirme con mi familia.

—Nada mas justo, la tendrás; pero antes tienes que prestar un servicio á la partida.

—Y cuál es? preguntó con mal tono.

—Nos vás á abrir la puerta del nuevo alojamiento que os ofrezco; vén, y venid todos. Tú, Lechuguino, tráete algunos cables y garfios de hierro.

Se detuvieron donde Rosa habia estado antes sentada, meditando largamente.

Todos la miraban en silencio sin comprender su idea.

El Lechuguino llegó con los objetos pedidos.

—Qué!... vamos á bajar al abismo?... preguntó el Chivato.

—Justamente, y tú vas á enseñarnos el camino.

—¡Cáscaras!... eso que se lo cuenten á tu abuela; yo no

bajo; refunfuñó el bandido pretendiendo alejarse de allí.

Rosa por un movimiento rápido le agarró de un brazo y le echó al cuello la mano derecha. Hizo un signo imperceptible al Curro que instantáneamente le despojó de las armas que llevaba rodeadas á la cintura, y manejándole como si fuera un muñeco, le puso al borde del precipicio.

El Chivato se estremeció y se dejó caer de rodillas agarrándose con el brazo que le quedaba libre á las piernas de la jóven.

—Si me arrojas caeremos los dos; murmuró con rabia echando espuma por la boca y dirigiendo al precipicio una mirada de terror.

La mano de Rosa como si fuera una tenaza, le apretó el cuello de tal manera, que medio ahogado se dejó caer en tierra y la soltó.

Entonces ella le cogió las dos manos y le puso una rodilla en el pecho.

—Perdon!... murmuró con voz ahogada; yo os obedeceré, no me hagais daño.

El Curro y los bandidos miraban aquella escena sin tomar parte, acostumbrados estarian sin duda á otras semejantes cuando no ayudaron á la jóven, dejando que ella sola sujetase al Chivato, imponiéndole su voluntad.

—Estás dispuesto á obedecer, ó te estrangulo?... le preguntó Rosa.

—Obedeceré; pero es una crueldad quererme hacer pedazos contra esas rocas; que baje el Lechuguino; refunfuñó medio llorando por el dolor que le hacian las manos de la jóven que le apretaban sin piedad.

—Has de ser tú; mira, para que veas que no queremos

matarte, te sujetaremos á este cable por la cintura y por los piés; te agarras á la cuerda y bajas á darnos la medida para poder poner escalas y bajar despues nosotros.

Rosa le dejó libre.

El bandido se levantó medio magullado, frotándose el cuello y los brazos donde habian quedado las señales de los dedos de Rosa, que se clavaron en su carne como si hubieran sido de hierro.

—Bien, bajaré; ya en las minas de mi país he bajado algunas veces atado á un cable; pero me habeis de prometer que no teneis mala intencion conmigo; dijo el Chivato.

—Mala intencion!... y por qué? nos has hecho tú algun mal y temes al castigo? le preguntó Rosa.

—Nó; pero veo que desconfiais de mí, tú y el Curro.

—Aprensiones!... ea, atadle, que baje las herramientas necesarias para asegurar en el fondo del precipicio un cabo del cable, á fin de que cuando todos estemos abajo lo soltemos y caiga la escala que pasaremos por el tronco de este árbol.

Y Rosa señalaba á un roble muy corpulento entre los varios que daban sombra al desfiladero.

—Magnífico!... magnífico!... es una gran idea!... dijeron algunos bandidos.

—De este modo el descenso es fácil; exclamó el Chivato; pero y la subida?... porque supongo no será vuestro ánimo que permanezcamos ahí toda nuestra vida.

Y dirigía su mirada interrogadora desde el Curro á Rosa y desde Rosa al Curro.

—Estando abajo, ya encontraremos salida por aquella montaña. Si quieren ustedes, yo bajaré, porque veo que el

teniente tiene miedo; repuso el Lechuguino adelantándose con decision.

—Chuchumecol!... tú faltabas!... exclamó el Chivato preparándose á darle un puntapié que el muchacho evitó parapetándose detrás de Rosa.

—Me parece que tienes razon, hijo; exclamó Rosa; pero de todas maneras bajará, por grado ó por fuerza.

—Ea! si he dicho que estoy dispuesto; atadme, muchachos contestó amostazado el Chivato.

—No hay necesidad; te agarras á la cuerda, y con este garfio de hierro que le llevas enganchado en el cinto y los piés en un lazo, basta; dijo el Curro..

—Y si me mareo?

—No dices que has bajado á las minas?

—Era entonces muy pequeño.....

—Y no tenias tanto apego á la vida, ¿no es verdad? interrumpió Rosa ayudando á preparar los cables y las escalas que debian servirle para el peligroso descenso.

En aquel momento sonaron algunos tiros hácia la parte del camino, Rosa tomó su fusil y dijo:

—Idle bajando que voy á ver qué jente lleva ese coche.

CAPITULO LV.

El capitan Torrente.

Los bandidos consiguieron desarmar á los criados que escoltaban el coche que conducia á los marqueses de Nieblas. Jaime disparó sus pistolas mas sin herir á nadie, tal era su aturdimiento.

Dos bandidos se precipitaron sobre él con ánimo de asesinarle; pero uno que hacia cabeza lo impidió, abriendo la portezuela opuesta y entrando en el coche.

—Señores, dijo con decision, no se trata de hacer é ustedes daño, queremos únicamente dinero; sírvanse, pues, apearse y registraremos el coche.

Tula que estaba muy asustada echó inmediatamente pié á tierra exclamando:

—Tomen, tomen todo cuanto llevamos y déjennos marchar.

—No llevamos ni dinero ni alhajas, y los equipajes van

delante, con que es inútil que asusten ustedes á esta señora, exclamó Jaime resistiéndose á bajar del coche.

—Todo el mundo á tierra, y silencio!... gritó el bandido dándole un empujon tan violento, que cayó rodando por la yerba.

Se levantó rojo de indignacion apostrofándoles en los términos mas duros.

Dos bandidos le sujetaron, y viendo Tula brillar agudos puñales en manos de aquellos hombres feroces, creyó que iban á asesinarlos y se desmayó.

Lo hubieran hecho indudablemente sin la intervencion oportuna de Rosa que veia la escena desde léjos y les mandó detenerse.

—Registrad á ese tunante; gritó el bandido que estaba en el coche; por aquí no hay nada de provecho.

—Miserable!... rugía Jaime entre dientes, sin atreverse á levantar la voz, temiendo le asestasen una puñalada.

—Atadle los brazos atrás!... exclamó Rosa.

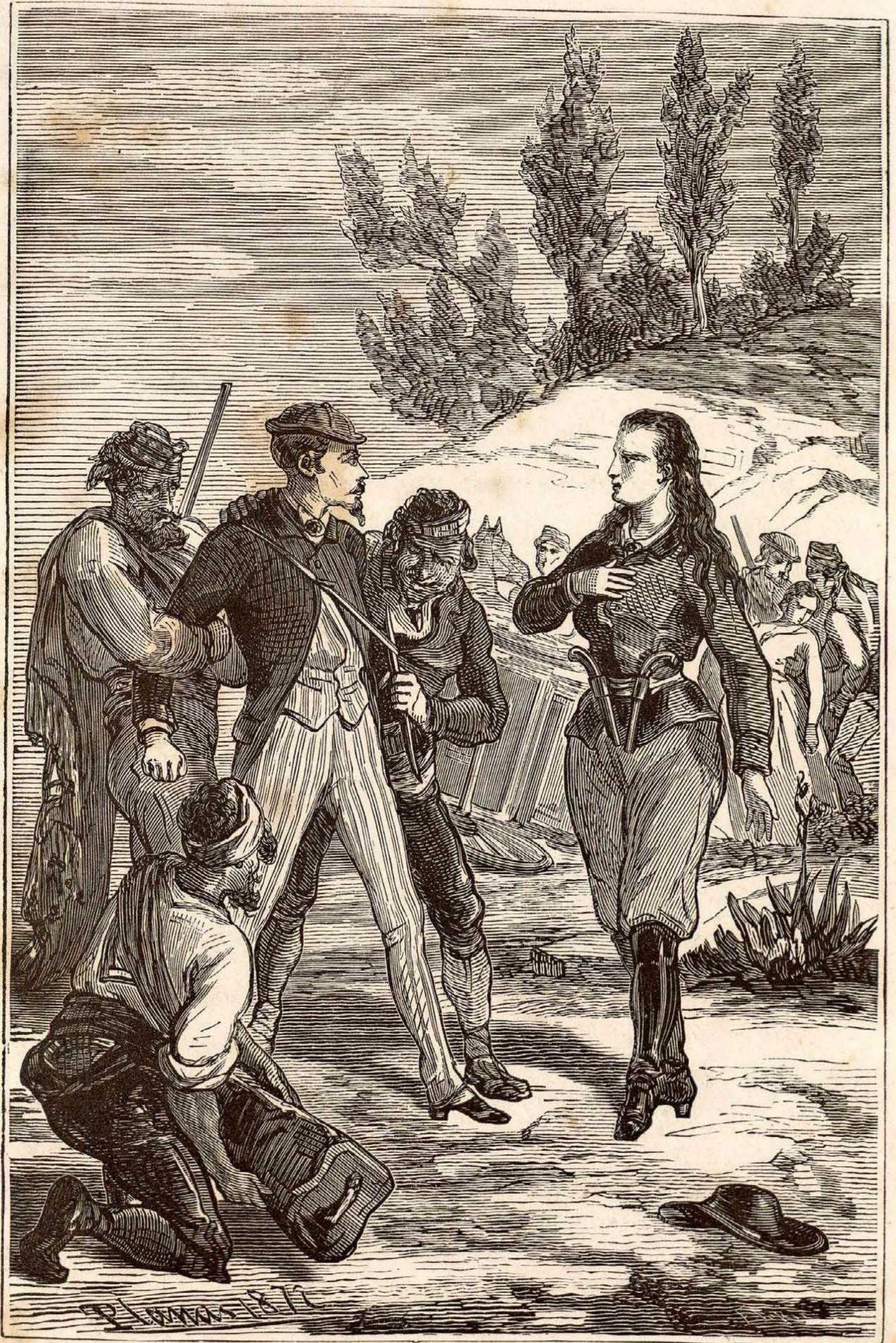
Al escuchar esta voz, el marqués se estremeció profundamente y volvió la cabeza.

Tenia delante á un gallardo mancebo de apuesto y varonil continente, que le miraba de hito en hito.

—A quién se obedece aquí?... ¿quién es el capitan? preguntó el marqués, sorprendido de la extraordinaria semejanza de aquel bandido con Rosa; pero sin imaginarse siquiera que pudiera ser ella misma vestida de hombre.

—Yo soy la capitana, y lo mando! Atadle y conducidle junto á aquel peñasco, al borde del precipicio; tengo que hablar con él.

Rosa al decir esto sin aparentar conocerle, pero viva-



Yo soy la capitana y lo mando.



mente impresionada, se habia quitado el sombrero y sus magnificas trenzas caian á lo largo de sus hombros.

—Rosa!... murmuró el marqués reconociéndola y dejándose atar los brazos sin decir una palabra.

—Yo soy el capitan Torrente, ¿me conoces, marqués? le gritó ella con arrogancia.

—Jaime la miró con creciente asombro. Estaba hermosísima con aquel pantalon ancho, botas altas, y un gabanillo airoso ceñido al cuerpo con un cinturón de cuero, del cual pendian sus armas, sobresaliendo las culatas de las pistolas.

Mientras los bandidos volcaban el carruaje para escudriñar mejor todos los sitios donde hubieran podido ocultar dinero, el cochero, que era aragonés y habia ido á Bayona á buscar á sus amos, se acercó á Jaime y le dijo al oído:

—La partida del capitan Torrente es el terror de la provincia de Huesca, señor; hace dos años que está sembrando la alarma y la muerte por todas partes.

—Y se dice por allá que es una mujer el tal capitan? le preguntó Jaime, que no dejaba de mirarla mientras ella daba algunas órdenes á los bandidos, que la trataban con el mayor respeto.

—Ya se decia, sí señor; pero lo creiamos uno de tantos cuentos; mas ahora veo que es verdad.

—Señor marqués, le dijo Rosa; siga V. á sus conductores.

—Pero, y tú no vienes? preguntó él.

—Con qué derecho se atreve V. á tutearme?...

—Tú lo has hecho antes conmigo.

—Ya he rectificado; sea V., pues, mas circunspecto y obedezca.

—Déjame antes socorrer á esa señora...

—Mejor está desmayada, dejadla; así nos libraremos de gritos y aspavientos, ¡todas las mujeres son unas cobardes! dijo Rosa mandando con un imperioso ademan á los bandidos que le llevasen.

—Menos tú, que eres un leon; dijeron á media voz los bandoleros.

—Oh! qué mujer!... exclamaba el cochero, mirándola con admiracion y como queriendo reconocerla.

Rosa se acercó á él.

—Tú eres primo de Tomás; le dijo; ¿no me conoces?

—Me parece haber visto á V. en otra parte; contestó el muchacho mirándola fijamente.

—Y tu tia la pobre Gervasia, ¿cómo está?

—Buena; mi primo Tomás, despues de dos años de ausencia, ha estado hace pocos dias en Moralejo.

—Sí eh?... ¿Y qué habia sido de él? ¿Por qué abandonó á su buena madre?

—Por seguir á un señor capitan, que ya es coronel, y le quiere mucho; pero, calla! ahora caigo! V. es la señora que vivia en Moralejo, cerca de casa de mi tia, ¡y la lloraban muerta!...

—Pues vivo, ya lo vés; díselo á la buena Gervasia y llévala este recuerdo mio. Rosa entregó un anillo al cochero; díla además que conserve la casita donde nació mi hijo, por si algun dia la necesito.

—Bastante cuidado tiene con ella; cuando V. desapareció de el pueblo, y viendo que se pasaban meses y meses

sin volver, fué á casa de sus padres á preguntar por V., y en caso de no encontrarla, á decirles que dispusieran de los bienes de V.; pero la recibieron muy mal, casi la despidieron, prohibiéndola que volviese á pronunciar el nombre de V.

—Ah! ¡Qué crueles han sido conmigo!... ¡Por ellos adopté esta vida!... si supieran que su hija es el capitán Torrente, ¿qué dirían?... murmuró Rosa.

Después de unos instantes de silencio, preguntó la jóven:

—Y dices que Tomás sirve al capitán que estuvo herido en mi casa cuando la batalla de Huesca?

—Sí señora; hace pocos días que han estado allí.

—¿Y sabes cómo se llama aquel capitán?

—Sí señora; hoy es el coronel D. Leon María Rubiales.

—No lo olvidaré, murmuró Rosa.

Luego, dirigiéndose hácia la marquesa que continuaba junto al tronco de un árbol, desmayada, dijo al cochero:

—Ayúdame á socorrer á tu ama y trae los almohadones del coche.

Se acercó á ella, y mientras la contemplaba de hito en hito, se lió un pañuelo de seda á la cabeza, de manera que quedaron ocultos sus cabellos, y poniéndose el sombrero que tenia debajo del brazo, ayudó al cochero á colocar á la marquesa sobre los almohadones, haciéndola tomar postura mas cómoda.

—¿Teneis un poco de aguardiente, muchachos? dijo Rosa á los bandidos.

—Aquí está mi frasco, refunfuñó uno de ellos; pero para el dinero que llevan, ya me tomaria yo esos cuidados, no no hay duda.

—Ya lo darán, que es gente rica; vigilar al marqués, que se nos vá á quedar aquí en rehenes, y preparad el coche, para que esta señora se marche sola, así que recobre el sentido, y en llegando á su casa nos mande á este mozo con diez mil duros.

—Entonces, no hay nada que decir; despachemos muchachos, y sacad el coche al camino.

Los bandidos, por precaucion, habian llevado a los viajeros al centro del bosque, á unos cincuenta pasos del camino; de manera que ocultos por la frondosidad de aquel paraje, no pudieran ser descubiertos en su operacion.

Rosa se arrodilló delante de Tula, y mientras la frotaba las sienes con aguardiente la dirigía miradas de ódio, de cólera, de envidia, de mil sentimientos diversos, hostiles todos, que se agitaban tumultuosamente en su corazón.

CAPITULO LVI.

Confidencia con la esposa.

Todos los pesares adormecidos en el corazón de Rosa, se despertaron de repente por aquel encuentro inesperado. Las llagas de su alma se renovaron.

—Dios ó el diablo, los pone en mis manos para vengarme del mal quemehan hecho, murmuraba entre dientes vivamente agitada y presa de la mayor angustia; y me vengaré, no hay duda, pero en él; ella no es culpable.

La marquesa empezó á recobrar el sentido y cuando se vió sola rodeada de los bandidos, estuvo á punto de volverse á desmayar.

—Oh! dejadme ir!... dejadme ir!... exclamó; permitid que me marche á mi casa y yo os enviaré dinero, todo cuanto queráis; pero dejadme marchar y no nos hagais daño; ¡me encuentro muy enferma!...

—Sí, sí, eso queremos, que nos envíe diez mil duros;

ya están los chicos sacando el coche para que se vaya, dijo uno de los bandidos.

—Rosa le impuso silencio con un gesto, y dirigiéndose hacia Tula la preguntó:

—¿Se siente V. mejor, señora marquesa?

—Sí, muchas gracias; estoy ya bien: pero y tu amo, Juan, qué ha sido del señor marqués?... preguntó Tula, buscándole con la vista sin manifestar una gran alarma.

—Su marido de V. se queda con nosotros en rehenes, mientras V. manda el dinero, la dijo Rosa.

—Bien, pues dejarme marchar cuanto antes, exclamó la marquesa, levantándose vivamente sin importársele nada que el marqués se quedara ó se fuera.

Aquella indiferencia sorprendió á Rosa, que esperaba, como es natural, una escena de lágrimas y de congojas al verse separada de un esposo amante y adorado.

—Paréceme que ama V. poco á su marido, la dijo Rosa ofreciéndola el brazo galantemente para conducirla al coche.

La gallarda presencia, el tono y las maneras finas de Rosa sorprendieron á Tula, que no queriendo hacer un desaire al jefe de aquellos bandoleros aceptó su brazo, y le contestó.

—No es ocasion esta de manifestar lo que se siente; y mi mas vivo deseo es llegar á casa cuanto antes.

—Se engaña V. señora; precisamente en los momentos de peligro es cuando los afectos del corazon se desbordan y salen á la superficie; V. repito no ama á Jaime, ni puede amarle, porque ese hombre tiene un corazon de cieno y no simpatiza con nadie.

—Conocia V. al marqués?... preguntó Tula con estrañeza.

—Conozco á su marido de V. hace años, replicó Rosa acentuando la palabra *marido* por lo mismo que no se lo oia pronunciar á la jóven.

—Me maravilla á fé ese conocimiento.

—Sin duda, porque él es un marqués y yo un bandido, no es verdad?... señora!... exclamó Rosa con una sonrisa amarga.

Tula que no queria ofenderle se apresuró á replicar con finura.

—Oh! nó, nó, capitan; no queria decir eso.

—No queria decirlo; pero lo pensaba y tiene V. razon, los malvados nos conocemos unos á otros, y Jaime bajo su corona de marqués es mas infame que yo; que si soy el jefe de una partida de bandoleros es por quitar al rico lo que le sobra, y dárselo al pobre.

—Estoy maravillada de oir á V. y en otra ocasion tendria un gusto especial en conversar un largo rato con V., pero tengo impaciencia por reunirme á los niños que van delante.

—Tienen Vds. dos hijos?...

—Sí señor; contestó Tula ya cerca del coche.

—En dos años de casados!...

El acento de estrañeza con que Rosa pronunció estas palabras llamó la atencion de la marquesa que la miró sorprendida y replicó.

—Son gemelos.

Luego subiendo al coche dijo á Rosa.

—Suplico á V. capitan que no hagan daño al marqués;

yo mandaré el dinero en cuanto llegue á Huesca; soy mujer de palabra y no faltaré.

—Lo creo, señora; pero permítame V. que la haga una pregunta.

—Con mucho gusto.

—No tiene V. noticias de un niño que ha tenido el marqués antes de casarse con V? tendrá ahora unos cuatro años, se le robó á su pobre madre y la dejó abandonada, moribunda!...

—Yo no me mezclo en sus secretos; pero tengo entendido que la madre de ese niño murió al darle á luz.

—Es una infame mentira, digna de él; contestó Rosa relampagueando de furor sus ojos.

—Pues si V. la conoce, dígala que no tema por su hijo, que su suerte está asegurada.

—Y dónde está ese niño, dónde?... preguntó con ansiedad Rosa casi haciéndose traicion.

—Lo ignoro; pregúnteselo V. al marqués; contestó la marquesa mirando fijamente al capitán de bandoleros y escitada ya su curiosidad en el mas alto grado.

—V. le ha visto?... V. le conoce, dígamelo por piedad señora y la bendeciré toda mi vida!... era un niño hermosísimo!...

Y al decir esto la pobre Rosa, que habia hecho vibrar la cuerda mas sensible de su corazon casi prorrumpió en sollozos. No fué dueña de contener sus lágrimas que rodaron como perlas cristalinas á lo largo de sus mejillas.

La marquesa se fijó entonces en aquel rostro desprovisto de barba y aun tostado por el sol, de facciones femeninas y delicados perfiles.

—Muy estraña es tal emoci3n en un capitán de bandidos, le dijo la marquesa; y creo que no es V. lo que parece.

—Por última vez, señora, dijo Rosa esforzándose en recobrar su calma; conoce V. ese niño?... quiere decirme su paradero?...

—No lo sé, amigo mio; ya le he dicho antes que puede preguntárselo al marqués, porque yo no me mezclo jamás en sus negocios.

A todo esto y durante la anterior conversacion los bandidos se habian ido replegando hácia el sitio en que quedaba el marqués, el cohero habia ocupado su puesto, y los criados montados ya, esperaban que partiese el coche para escoltarle.

—Está bien, señora; puede V. ir tranquila y vaya despacio que no tardará en reunírsele el marqués; dijo Rosa completamente tranquila y cerrando la portezuela.

—Una palabra capitán, exclamó Tula asomándose por la ventanilla; puede V. decirme el nombre de la madre de ese niño?...

—Se llama Rosa y es una mujer muy desgraciada; tanto como lo será Jaime que no posee el amor de V. ¿no es verdad, que V. no le ama?

El acento con que pronunció esta última pregunta, sus ademanes y sus anteriores lágrimas hicieron comprender á la marquesa que aquel capitán era una mujer, y aquella mujer la querida de Jaime, que habia tenido á su hijo á pocos pasos, en el coche que iba delante dejándole escapar sin haberle reconocido.

Rosa la saludó de nuevo, hizo un signo amistoso á Juan, y le mandó partir.

La marquesa sin dejar de mirar á aquella mujer extraordinaria, la dijo conforme iba el coche alejándose:

—Adios, capitan; agradecida al buen comportamiento de V. no le delataremos, y Juan vendrá en seguida á este mismo sitio á traerle los diez mil duros; cuente con ellos para contentar á su partida.

Rosa la saludó otra vez quitándose el sombrero.

—Ni una palabra me ha dicho para Jaime al que no llama *marido* jamás, ¡ah! no le ama; bien castigado está el miserable de su traicion para conmigo; ahora sufrirá los tormentos que me ha hecho sufrir á mí!... y los tiene merecidos. Es una hermosísima mujer y debe amarla con delirio.

Rosa muy pensativa se dirigió hácia donde estaba el marqués guardado por los bandidos.

En tanto Tula, se acercó al vidrio de la parte delantera del coche y preguntó á Juan.

—Tú conoces á ese capitan de bandidos?...

—Sí, señora marquesa; es una mujer; hace dos años que su partida es el terror de la provincia; han hecho mil robos y mil tropelías en todas partes.

—Ya me lo pensaba yo; y cómo se llama?...

—Rosa Torrente; ha vivido algunos años en Moralejo, hasta que le robaron un niño que tenia y desapareció del pais haciéndose yo no sé por qué casualidad capitana de estos bandoleros.

—Rosa!.. y la robaron su niño!.. murmuró la marquesa replegándose al fondo del carruaje completamente convencida de que sus sospechas eran una realidad.

Un sentimiento de profunda lástima se apoderó de Tu-

la, estaban en idéntica situación y no podía menos de simpatizar con aquella pobre madre que como ella había sufrido el dolor de perder á su hijo.

—Ah! iba diciendo para sus adentros; casi me ha hecho llorar, y creo que si no se marcha tan pronto, no tengo valor para ocultárselo y la digo que su hijo va delante, para que hubiera ido á buscarle!.. En fin;... bien hecho está; que se lo diga Jaime si quiere. Y es una mujer muy bella; para hombre es demasiado hermoso y mas para capitán de bandidos que debiera tener grandes vigotes.

Tula mandó hacer alto hasta que llegara Jaime.

CAPITULO LVII.

Confidencia con el marqués.

Rosa no era una mujer vulgar, poseía un hermoso corazón y un alma muy grande.

Dotada de un carácter enérgico y de una elevación de sentimientos muy poco común en las gentes de su clase, le fué facilísimo dominarse pasada la primera impresión que la produjo su inesperado encuentro con Jaime, y dueña ya de sí misma pudo obrar como convenia á sus circunstancias y no como le aconsejaba su corazón impetuoso lleno de odio hacia el causante de todas sus desventuras.

Por eso su conducta con la marquesa no pudo ser mas delicada, sin embargo de que la consideraba su enemiga y la causa principal del desvío de Jaime y del completo abandono en que la dejó.

Comprendió al punto que no eran felices, ella no le amaba y este descubrimiento apagó súbitamente sus celos que empezaron ó fermentar, viéndola tan hermosa, tan ri-

ca y tan distinguida, y cambió de idea proponiéndose averiguar el motivo de aquello que juzgaba desavenencia en el matrimonio.

Cuando Tula se alejó, Rosa llevando en su cabeza un mundo de pensamientos, se dirigió triste y cabizbaja hacia el sitio en que los bandidos llevaron al marqués.

Se presentó á él de repente, mandó que le dejaran las armas y que le desatasen, y dió orden á los bandidos para que se reuniesen á sus compañeros y fueran descendiendo al fondo del precipicio.

Jaime debía estar muy reconocido á aquella mujer que tenia motivos sobrados para odiarle, y que teniéndole en su poder le dejaba libre y evitó que los bandidos le asesinaran.

—Veo que aun me amas, la dijo, cuando me tratas tan bien pudiendo haber tomado una horrible venganza de lo que tú llamarás agravios y que bien mirado solo son consecuencias naturales de la vida social.

Rosa sin contestarle palabra, embargada por la emoción que sentía y queriendo dominarse antes de entrar en materia habia ido á sentarse sobre un peñasco, desde el cual se descubria con una mirada el abismo insondable que tenían á sus piés.

—Y bien, que has hecho de mi esposa?.. La habeis asesinado quizá?.. Déjame ir á buscarla ya que estoy libre.

El marqués dió dos pasos.

—Detente, Jaime, y concédeme siquiera cinco minutos de conversacion; exclamó Rosa, cogiéndole una mano y obligándole á sentarse á su lado.

—Tengo viva impaciencia por ver á mi esposa...

—La marquesa está en libertad, y camina muy despacio para dar tiempo á que te reunas á ella.

—No la habeis hecho ningun mal?

—Ninguno.

—Pero iré asustada!.. afligida!..

—Por qué?..... crees acaso que la conmueve el peligro que corres?.. No por cierto, ni una palabra ha dicho de tí, he hablado con ella cerca de media hora y ni una sola vez al referirse á tí ha dicho mi *marido*; se conoce que por antipática ha suprimido esa frase de su vocabulario.

El rostro de Jaime se tiñó de púrpura y sin contestar se mordió los labios y se cruzó de brazos.

Rosa continuó con terrible calma:

—He comprendido que no te ama y por eso la he perdonado. Es verdad que no tiene la culpa de que tu corazón sea de cieno y no haya podido dar buenos frutos. En ese desprecio con que te mira tu mujer, encontrarás el castigo del mal que me has hecho.

—¡Ea! acabemos; si tratas solamente de insultarme ¿para qué me has puesto en libertad?... No ves que puedo arrojarte á ese precipicio?...

—Antes he podido hacerlo yo, contigo y con la marquesa; advierte que no digo tu *mujer* porque ella no dice mi *marido*, y los lazos que no están santificados por el amor y la estimacion mútua son muy frágiles y poco agradables.

—Quieres vengarte de ese modo?.. Menos daño me haría el puñal de tus asesinos que esas frases en tu boca!... exclamó Jaime levantándose y paseándose agitado por delante de Rosa que seguía mirándole con imperturbable calma.

Trascurrieron unos instantes de silencio.

De repente Jaime se detuvo delante de Rosa y dirigiéndola una mirada penetrante exclamó.

—Y por qué razón, has adoptado esta vida aventurera?... No te dejé yo bienes bastantes para pasar la vida con comodidad sin tener que robar ni asesinar á nadie?...

—Pero tus bienes que dejé allí, sin traerme un solo maravedí no eran suficientes para devolverme la consideración, el respeto de las gentes, y el amor de mi familia, que me arrojaron de su seno como á una mujer perdida, y en este caso no tuve mas remedio que seguir la vida de infamia á que tú me arrojaste tan inhumanamente.

—Te lo aconsejaria quizá el bravo capitán que tuviste escondido en tu casa!.. murmuró con amarga ironía Jaime.

—Ya sé que D. Leon María Rubiales entonces capitán y hoy coronel es tu mayor enemigo!.. dijo Rosa.

Jaime se sintió herido como si le hubiera picado una víbora y exclamó con ronco acento:

—¡Ola!.. le tratas todavía!... le has visto!..

—Sé que ha estado en Moralejo hace pocos días.

—Él!.. en Moralejo!... y en Huesca?...

—Sin duda que habrá visitado también esta ciudad.

—Te contaria sin duda sus amores con mi mujer; te diria que la ama con delirio, que no puede vivir sin su amor, y que me busca por todas partes para asesinarme... por eso tú le salvaste la vida para que fuese tu vengador!..

Las palabras salian silvando del oprimido pecho de Jaime, sus puños crispados se agarraban á sus cabellos con indecible furor.

—Qué revelacion!... murmuró Rosa para sus adentros; es el amante de su mujer, por eso se ódian!... y luego en alta voz dijo:

—Entonces yo te amaba y no tenia motivos de venganza contra tí, despues me robaste á mi hijo y me abandonaste cruelmente...

Jaime no la oía casi; estaba tan agitado, que tuvo que sentarse por que no podia respirar.

En un nuevo acceso de furor la dijo con voz atronadora:

—Y has dicho á la marquesa que vive Leon?..

Habla ¿se lo has dicho miserable?..

—Nó; me he limitado á preguntarla por mi hijo, y me ha dicho que solo tú puedes revelarme su paradero; y si no me lo dices, si no me entregas ese hijo querido, lo sabrá todo, y yo misma facilitaré sus amores y haré que se vean.

—Entonces morirás!... si no mueres ahora mismo por haberle salvado la vida.

Jaime quiso lanzarse sobre Rosa con ánimo de arrojarla al precipicio, pero de un salto se puso la jóven fuera de su alcance, sacó una pistola del cinto y amartillándola exclamó:

—No moriré sin defensa; hoy no te amo, te desprecio por bajo y por cobarde como te desprecia tu mujer y léjos de tenerte miedo desafio tu cólera, ningun lazo nos une ya; todos están rotos, prepárate, pues, á una guerra sin cuartel; soy tu mayor enemiga.

Rosa estaba imponente, con el fuego de la indignacion que ardía en sus ojos.

Jaime aterrado ante aquella figura admirable, llena de poder, de valentía y de fuerza, se cruzó de brazos y calló.

—Ola!... dijo ella, habias olvidado que ya no soy la tímida Rosa sujeta á tu voluntad en otro tiempo?... No existe ya; hoy vive en su lugar el capitan Torrente, que jura vengarse de tí!...

—Y por qué no lo has hecho?... á tu disposicion me has tenido atado y sin armas; con un soplo pudiste arrojarme á ese abismo.

—Era la muerte muy poca venganza para mí; necesito que tu vida sea como la mia... toda una vida de amarguras y de dolores, de atroces remordimientos y de insoportables agonías; y lo será, yo te lo prometo.

—Y no anhelas una reconciliacion?...

—Es tarde; hay entre nosotros una barrera de ódio, que únicamente el amor de mi hijo podria salvar; dámele y te perdono.

—Jamás, es absolutamente imposible.

—¿Por qué?..... ¿dónde está?..... dónde tienes mi hijo?...

—Nos le robaron unos jitanos en Fontainebleau, donde vivíamos en una casa de campo; hace dos años que le busco y no le encuentro.

—Miserable!... eso no lo puedo creer!...

—Te lo juro!... por qué no se lo has preguntado á la marquesa?

—Ya lo averiguaré; y ay! de tí si me engañas!...

—Es ciertísimo, añadió Jaime, ayúdame á buscarle.

—Ah! yo le encontraré, aunque se oculte debajo de tierra; adios, véte, la marquesa te espera.

—No eres mi amiga?... preguntó Jaime.

—Jamás; enemigos hasta la muerte; dijo Rosa desapareciendo entre las espesas carrascas.

CAPITULO LVIII.

La pobre viuda.

Cuando Rosa llegó al sitio donde quedó el Curro se encontró con que Chivato estaba ya en el fondo del precipicio y tres ó cuatro bandidos mas.

El Chivato sujetó abajo el cable á una anilla de hierro que clavó en el suelo, se rodeó arriba al tronco de un árbol colocando en el cabo una escala de cuerda á la medida que dieron con un cordel, los que estaban en el abismo.

De esta manera fueron bajando todos.

—Y qué harémos de los caballos?... preguntó el Curro.

—Soltarlos, dijo Rosa, y que se vayan; robados son casi todos, con qué ya sabrán volver á casa de sus amos.

Nosotros permaneceremos en la cima de aquella montaña donde veo las almenas todavía en pié de un castillo feudal; para penetrar allí será preciso hacer una subida costeando el cerro, la haremos y nos dará abrigo tres ó cuatro meses hasta que la guerra civil haya terminado y se reti-

ren las tropas; entonces tendremos libertad de seguir nuestra vida aventurera con un asilo impenetrable y seguro que nos sirva de abrigo.

—Y viveres para tanto tiempo?... porque nos quedan pocas provisiones; dijo el Lechuguino que era el jefe económico de los bandidos.

—Tú te quedarás conmigo aquí arriba hasta que el criado del marqués venga á traer los diez mil duros que han ofrecido, y nos proveeremos de gallinas, de cabras y de arina que por la cuerda iremos echando abajo, dijo Rosa.

—Y por qué te quedas tú?... yo me quedaré, repuso Juan.

—Me vestiré de mujer y no despierto sospechas; tú podrías despertarlas y prenderte.

—Tienes razon, pero me duele dejarte sola.

—No temas por mí, con Lechuguino me basta; esconderemos la escala hasta que hagamos nuestro descenso, entonces se suelta la cuerda y quedamos incomunicados con el resto del mundo.

—Pero antes es preciso asegurarse de que tendremos salida; no vayamos á quedarnos toda la vida en esa garganta del infierno.

—Es verdad; averiguadlo en seguida; mañana mismo explorad el terreno, poneos todos á hacer una subida hasta el castillo, y ved si por la parte de atrás tiene bajada, lo que no creo, porque esa montaña está rodeada de bosques tan espesos que hace muchos siglos no se ha hecho en ellos una tala. Y por este lado tiene ese profundísimo barranco, que seria el foso del castillo en otro tiempo, pero los torrentes de agua que por su fondo corren le han convertido

en un precipicio horrendo, donde seguramente nadie nos inquietará.

Convencido el Curro de las razones de Rosa y acostumbrado además á obedecerla, consintió en todo, se trasportaron los equipages, las provisiones que tenian, las armas y demás útiles de su profesion y dieron rienda suelta á los caballos aplicándoles el Lechuguino sendos latigazos con lo cual se lanzaron á escape por aquellos campos siendo de creer que no pararian hasta llegar á casa de sus amos.

El Lechuguino propuso que él iria á venderlos á los pueblos inmediatos; pero era comprometido y no se le consintió.

Rosa se quedó con tintero, papel y plumas, haciendo que lo llevase tambien el Curro para que pudiera escribirla los descubrimientos que hacian en aquellos sitios desconocidos comunicándose con un cordelito que seria el fiel mensajero de unos y de otros.

Despues bajaron todos los bandidos quedando el Curro el último.

Como si hubiera ido á hacer un viaje largo, Juan se conmovió al separarse de Rosa.

Por la primera vez en veinte meses que llevaban juntos se le ocurrió que pudiera abandonarlos, y cuando ya tenia puesto el pié en la escala, se volvió hácia ella y la dijo con timidez:

—¡Ay! creo que no te voy á ver mas!...

—Qué tonterías!... piensas que os quiero abandonar?...
esclamó Rosa leyendo en el pensamiento del bandido.

—Ah! nó! esa perfidia no puede suponerse en tí.

—Pues, bien; baja sin temor, que no tardaré en ir á

buscaros; á cualquier parte donde yo fuere seria esclava, entre vosotros soy reina y te confieso que me he acostumbrado ya al mando en jefe y no le renuncio por nada. En eso estoy con Don Carlos, soy absolutista.

—Con qué no nos dejarás?... volvió á decir Juan casi llorando.

—Mira, en aquel castillo está mi córte, vé á prepararme alojamiento y que mañana vea yo tremolar en sus almenas esta bandera.

Rosa sacó un pañuelo blanco de su bolsillo y lo entregó á Juan.

—Yo mismo la pondré, gritando: ¡Victoria por nuestra reina Rosa Torrente!...

—Viva nuestra reina!... gritó el Lechuguino entusiasmado tirando la gorra al aire.

—Y mis vestidos de mujer, ¿han quedado? preguntó Rosa.

—Aquí están; con buenas mantas para abrigarnos esta noche, porque supongo que dormiremos á campo raso, no es verdad?...

—Ya buscaremos una choza de pastores, contestó Rosa, luego volviéndose hácia el Curro que iba bajando con mucho miedo por su enorme peso, exclamó:

—Cuidado con una caída; y adios, hasta mañana.

Los últimos rayos del sol poniente alumbraron la escena.

Cuando el Curro llegó al fondo del abismo hizo la señal con un pito, que apenas se oía arriba, á pesar de ser muy agudo su sonido.

Aquel silvido queria decir, «he llegado con felicidad!»

Entonces Rosa y el Lechuguino quitaron la escala y la enterraron en el bosque; despues, Rosa se quitó la ropa de hombre que escondieron con la escala, y vestida de mujer se dirigió tomando el brazo del Lechuguno hácia un caserío que habia visto á poca distancia de allí, con ánimo de pedir hospitalidad.

Ya era tiempo.

Algunas tropas recorrían los bosques en persecucion de los bandidos, y se sabia que estaban por aquellos alrededores, teniendo la tropa seguridad completa de alcanzarlos y destruir la partida que tantos daños habia hecho en el país.

Todos los caminos estaban tomados, siendo imposible escaparse sin caer en su poder.

Jaime á quien preguntaron si habian sido detenidos, ó mas bien Tula, que se apresuró á contestar en nombre de su marido, que no habian encontrado ninguna partida sospechosa.

El marqués tembló al escuchar la perfecta seguridad con que la marquesa hizo esta afirmacion.

Él, por su parte, hubiera delatado á los bandidos, indicando el sitio en que se ocultaban, con tal de verse libre para siempre de su terrible capitana.

Aquella misma noche, y mientras los marqueses continuaban su camino, una patrulla fué á buscar alojamiento en el caserío inmediato á la garganta de los Lobos, que era el nombre del precipicio que sirvió de refugio impenetrable á los bandidos.

Rosa estaba allí desde el anochecer, con el Lechuguino, que pasaba por hijo suyo.

Afeminado, de naturaleza raquítica y pobre, éste, parecía un muchacho que representaba apenas diez y seis ó diez y ocho años, cuando tenía cerca de veinte y cuatro.

Lo contrario sucedía á Rosa, cuya alta estatura y formas desarrolladas y robustez, la hacían aparecer de mucha mas edad, á lo que contribuía también su traje negro y el espeso manto con que medio ocultaba su cabeza.

Se presentó allí como la viuda de un militar que había servido á las órdenes de Espartero, y, que según la dijeron, acababa de morir en la reciente batalla de Urdax, ganada por las tropas de la reina, y cuyo éxito fué tan fatal para don Carlos, que tuvo que buscar refugio en suelo extranjero.

Llorosa y afligida la encontraron las tropas; el jefe que las mandaba la dijo galantemente:

—Y tiene usted completa seguridad de la muerte de su esposo?

—He recibido una carta en que así me lo anunciaban, hallándome en Zaragoza; inmediatamente tomé el coche y me vine, con mi hijo; pero esta tarde nos ha sorprendido una partida de facciosos ó bandidos, no sé lo que son, y después de robarnos el poco dinero que traíamos, nos han llevado el carruaje, quedándonos aquí sin poder continuar nuestro camino.

—Y dónde estaba esa partida?... en qué sitio?... Porque hace tres días que los estamos buscando por estas sierras, preguntó el jefe.

—Delante de nosotros acordaron disolverse; repuso Rosa con singular aplomo; el jefe y dos más partieron en mi carruaje hacia Zaragoza, y los demás bandidos, soltan-

do los caballos, dijeron que se refugiarian diseminados en los pueblos inmediatos.

—Y los dejaremos escapar?... gritó el militar: muchos; en cenando, á caballo, y corramos por el camino de Zaragoza; siquiera alcanzaremos á ese terrible capitan Torrente, que han dado en decir que es una mujer y que yo lo creo una patraña.

—Una mujer!... exclamó Rosa con asombro.

—Eso dicen; usted los ha visto bien?...

—Confieso que el terror no me permitió mirarlos; mis lágrimas y mis penas me tenian anonadada.

—Quiá!... ¡Si tenian todos unos bigotazos!... exclamó Lechuguino; yo bien los miré, madre, mientras usted lloraba; son mas cobardes estas mujeres!...

Una hora despues, Rosa se acostaba tranquilamente á descansar de las fatigas del dia, y la tropa se puso en marcha en persecucion de los bandidos.

CAPITULO LXIX.

Continúa el anterior.

Rosa pasó tres días en aquel caserío con su supuesto hijo; en la mañana del primero vieron con extraordinaria sorpresa ondear el blanco pabellon en las almenas del castillo, y llenos de júbilo corrieron hácia el sitio convenido, donde, oculto entre malezas, quedó pendiente un cordel que debía servirles de correo.

Tiraron de él, y encontraron efectivamente un papel atado á la punta. Decia así:

«Mi querida Rosa: Apenas amaneció, empezamos á recorrer estos valles que atraviesa un caudaloso torrente, que corre á despeñarse en profundos barrancos rodeados de inmensos peñascos.

»En la parte mas estrecha hemos improvisado un puente con troncos de árboles, cruzando al otro lado perfectamente. En la falda de la montaña, y escondida por la maleza encontramos una escalera formada de rocas y troncos

de árboles, que debe hacer muchos años no ha cruzado por ella humana planta.

»Subimos con trabajo; pero reformándola, y llegamos á lo alto del castillo, despues de tres horas de penosa ascension; habiendo clavado en sus almenas el pañuelo blanco que me entregaste, que será desde hoy nuestra bandera.

»Ven, pues; tenemos magnífico alojamiento, y ansiamos todos tu llegada con especialidad tu rendido esclavo

EL CURRO.

»Tenemos caza y aves en abundancia.»

El segundo dia, Rosa y el Lechuguino, le ocuparon en mandar abajo algunas provisiones necesarias; el tercero, le pasaron esperando con ansiedad la llegada de algun emisario de la marquesa, portador de los diez mil duros ofrecidos.

Al amanecer del cuarto dia, decidió bajarse con Lechuguino, porque sus salidas habian empezado á despertar sospechas en las gentes de la casa, y sobre todo, compras que hicieron de algunos efectos cuando se refugiaron allí con el pretesto de que les habian robado todo el dinero.

—Los miserables!... murmuraba Rosa con rábía, éstos son los aristócratas que no tienen palabra, ¡y ser generosos!... dejarles marchar, sin hacerles daño!... Ah! yo les prometo que si otra vez caen en mi poder, que caerán, no lo dudo, me han de pagar bien cara esta felonía.

Rosa hizo bajar primero al Lechuguino, dió aviso oportuno al Curro, y se informó de que seria fácil subir, aunque quitasen la escalera, haciendo desde el fondo del precipicio una escalera, costeano los barrancos y breñales que

se estendian en un terreno desigual y montuoso, á lo largo del torrente.

Con esta confianza bajó, pero sombría y ceñuda, con un mal humor insoportable, siendo recibida por el Curro y los demás compañeros con visibles muestras de alegría.

Creian que los diez mil duros prometidos por los marqueses iban á aumentar los tesoros que tenian acumulados y que debian repartirse entre todos aquella misma noche, que estarian en lo alto del castillo, ya descansados y en completa seguridad.

El visible mal humor de Rosa, les desconcertó; pero nadie se atrevió á preguntarla nada.

Se informó de que podian subir cuando quisieran y mandó al Lechuguino soltar la cuerda que estaba atada á la argolla de hierro.

La escala cayó inmediatamente al fondo del abismo haciendo rodar en su caída algunas piedras que se desprendian del terreno, y rebotando iban á hundirse en el torrente, produciendo un ruido sonoro y agudo al propio tiempo, que indicaba la profundidad del manantial que atravesaba aquellos inarcesibles y solitarios valles.

Algunos de los bandidos, que trabajaban en la construcción del camino que debia facilitarles la salida de aquel abismo, y que se habian apresurado á recibir á Rosa, volvieron á su trabajo interrumpido momentáneamente, otros estaban componiendo el puente, y varios habian quedado en lo alto de la montaña.

Entre estos últimos estaba el Chivato, que vivamente resentido de Rosa, y celoso del Curro, procuraba estar siempre de ellos lo mas lejos que le era posible.

El día estaba magnífico; templado y sereno, iluminado por un hermoso sol de otoño, muy raro, en los Pirineos, donde abundan las nieves todo el año, y los fuertes frios se dejan sentir de una manera notable.

Rosa antes de subir al arruinado castillo que iba á servirles de morada quiso descansar un rato sentándose en un peñasco, mientras el Curro fué á revisar las obras. Allí permaneció algunas horas.

La indignacion que sentia y el ódio que le inspiraba Jaime, reflejábese en sus ojillos grises que brotaban chispas.

Sus puños crispados por el furor se alzaron diferentes veces á la altura de su rostro.

Abismada en sombrías meditaciones la encontró el Curro cuando volvió, invitándola á subir á la montaña, donde tenia preparada la comida.

Ya el Lechuguino estaba arriba y desde lo alto hacia señas con su pañuelo blanco, pareciendo un niño pequeño desde tan inmensa altura.

—Y qué dice la gente?... preguntó Rosa al Curro.

—Todos están muy contentos por haber escapado tan milagrosamente al peligro que nos esperaba.

Aquí estaremos en completa seguridad y cuando hayamos hecho subida cómoda, y oculta para los de fuera será una ventaja inmensa y podremos hacer nuestras escursiones, sin que logren atraparnos ni penetrar en nuestra inexpugnable fortaleza.

—Es verdad; pero pasarán algunos meses antes de que podamos salir de aquí; se nos persigue activamente y están llenos de tropas estos alrededores.

—Y qué importa?... no lo pasaremos mal, repuso el Curro encogiéndose de hombros.

Rosa se detuvo á examinar el puente que habian construido en tan poco tiempo.

—Esto es muy frágil, dijo; las aguas despeñadas de este torrente le destruirán en pocos dias.

—Los muchachos trabajan por hacer una construccion mas sólida; unos están aquí y otros en el camino, que va á ser una obra maestra de paciencia y de trabajo; ahora se han subido á comer. Tenemos un pequeño reino en estos valles con treinta vasallos: ah! confieso que voy á ser muy feliz.

Y el Curro experimentando gran satisfaccion tendia la vista por el valle y suspiraba ruidosamente.

Rosa continuaba sombría y no participando de su júbilo le dijo:

—Esos treinta vasallos no serán tan felices como tú, ni les agradará esta soledad y no tardaremos en ver desierto nuestro reino.

—No lo creas!... están locos de alegría... pregunta sino y te dirán lo mismo que acabo de afirmarte.

—Esta noche lo veremos, exclamó Rosa tomando el brazo que el Curro la ofrecia para subir á la montaña, que era pendiente y escabrosísima teniendo que costear todo el cerro para llegar al derruido castillo.

La supuesta viuda habia conservado su traje negro, con el que se encontraba algo embarazada despues de tanto tiempo que no llevaba faldas; sin embargo, no se lo quitó. A él habia debido su salvacion y ofreció llevarle por gratitud. Verdaderamente que le sentaba muy bien; estaba bellísima con sus cabellos rubios y sus negras tocas.

CAPITULO LX.

Traicion y refriega.

En lo alto de la montaña hacia un frío penetrante y glacial.

Por la noche todos los bandidos se replegaron á una de las habitaciones que quedaban en pié en aquellas ruinas, hicieron un espacioso hogar y fueron colocándose alrededor del fuego.

Varios se pusieron á jugar á los naipes en dos ó tres corros, otros conversaban en voz baja, y el Curro con Chivato y el Lechuguino disponian la cena con algunas aves que habian cazado durante el dia.

Rosa acurrucada junto á un poyo de piedra que les servia de mesa se entretenia en teger una larga cuerda que debia servirles para recomponer la escala, que pensaron colocar en el lado de la montaña á fin de evitarse el largo rodeo que tenian que dar para subir á ella costeando su falda.

—Ese trabajo es inútil, la dijo el Chivato; yo prefiero tardar tres horas en subir, que no poner otra vez el pié en esas cuerdas, viéndome suspendido del abismo, y espuesto á estrellarme á cada momento, si me descuido un poco.

—Todos no serán de tu opinion, contestó Rosa, y ocasiones habrá en que tengamos que aprovechar este recurso.

—Tiene razon la capitana, ella en todo está; ya nos ha salvado la vida tres ó cuatro veces, y no sé Chivato como eres tan desagradecido, que siempre has de criticar sus disposiciones, que redundan luego en tu beneficio, dijo uno de los bandidos que la ayudaba á torcer el cáñamo.

—¡Ea! ya habló el Yesero; saltó el buey y dijo *má!*... exclamó el Chivato haciéndole una mueca.

—Mira, déjate de conversaciones, Chivato, que eres un ladino y estamos ya muy hartos de tí, dijo el Curro; puedes preparar la sarten, que los pájaros están desplumados.

—Yo no soy cocinero, replicó amostazado el bandido yendo á tenderse sobre una manta en un rincon de la cocina.

—No hay otro mas rebelde que tú, y ahora mismo vamos á ver si obedeces; rugió el Curro cogiendo unos cordeles y dirigiéndose hácia él.

De un salto se lanzó el Chivato fuera de la habitacion y haciendo una seña á varios de los bandidos que eran amigos suyos, se interpusieron cortando por de pronto aquella reyerta.

Rosa que habia permanecido callada, pero observando atentamente á los bandidos comprendió al punto que se tramaba una conspiracion contra ellos y se levantó á coger sus armas.

—Mi capitana! no tenga V. miedo la dijo el Yesero; no pueden con nosotros.

—Pues de qué se trata?... preguntó ésta.

—Yo no lo sé; el Chivato anda siempre en cuchicheos con unos y con otros; parece que prepara un plan para que le nombren jefe de la partida.

—A él?... á ese muñeco!... dijo Rosa echándose á reir á carcajadas; ¡si es un títere!...

El Curro que habia salido detrás de los bandidos que evitando la querella fueron despues á buscar al Chivato, volvió muy agitado.

Se dirigió á la chimenea, se ciñó el cinto que tenia colgado con las armas y tomando las pistolas dijo á Rosa que mas previsora que él ya estaba preparada.

—Tenemos que castigar á ese traidor y esta noche es la suya ó la mia.

—Pero qué sucede?... preguntó Rosa adelantándose resueltamente hácia los bandidos que quedaban en la cocina; aquí se fragua una conspiracion promovida por el Chivato, no es verdad?... Vamos, hablad pronto.

—Sí señora; hay muchos descontentos que no quieren por capitana á una mujer, y ademas murmuran desde esta mañana porque no ha dado V. cuenta de los diez mil duros que ha debido recibir del marqués.

—No los he recibido, me ha hecho traicion el infame y por eso me veis de tan mal humor, pero no están perdidos; en la primera salida asaltaremos su casa y yo os ofrezco que los dará con creces.

—Tú le conoces?... la preguntó el Curro.

—Sí; y sé donde vive; no me acrimineis, pues, por una

falta que no he cometido; en cambio os he proporcionado muchos beneficios, pero el corazón del hombre es ingrato, y no debo esperar nada bueno de ninguno; sois unos traidores!...

Rosa desesperada estaba sublime en el colmo de la indignación.

—Nosotros no somos traidores, todos los que aquí estamos te somos fieles, y estamos dispuestos á verter nuestra sangre por tí, y por el Curro.

--Ea! amigos, exclamó el Curro; pues, ayudadme y vamos á desenmascarar á los cobardes.

—Sí, sí; á ellos, dijo Rosa, saliendo la primera; pero apenas habia puesto el pié en el quicio de la entrada que no tenia puerta sirviendo de resguardo una enorme roca, cuando resonó una descarga y las balas pasaron junto á ella hiriéndola en un hombro.

¡Miserables!... gritó al sentirse herida; ahora vereis y blandiendo un enorme puñal se lanzó sobre el primero que encontró clavándosele en el vientre.

El bandido cayó exhalando una blasfemia.

Los demás retrocedieron, ante la descarga que hicieron los que estaban dentro, cayendo tres ó cuatro por la montaña.

—A ellos!... que nosotros somos mas; dijo el Yesero corriendo seguido de unos cuantos en persecución de los que amedrantados habian echado á correr por la montaña abajo.

—Dejadlos! si no pueden escaparse; dijo Rosa; ya están vencidos; mañana llevarán el castigo que merecen; yo estoy herida; mas no os asusteis.

—Herida!... Tú herida!... ah!... malvados, exclamó el Curro abalanzándose hácia ella para sostenerla porque la pérdida de sangre la iba debilitando.

—Ay! madre!... dijo el Lechuguino saliendo de una covacha donde se habia agazapado; qué desgracia!... qué desgracia!...

Y rápido como el pensamiento buscó un botiquin de campaña que llevaban y preparó hilas, vendajes y todo lo necesario para curarla.

—Trae, Lechuguino; trae, tú tiembblas al oír el fuego, hijo mio; pero tienes buen corazon y en ocasiones nos eres muy útil, dijo Rosa ya sin fuerzas y dejándose caer en el lecho de pieles que la habian improvisado junto al hogar.

—Adentro todos los leales, gritó el Curro desde la puerta, y que se queden al fresco los traidores, mañana nos veremos las caras; gritó el Curro desde el umbral, cuyo grito repitió un bandido en alta voz para que llegase á oídos de los bandidos que quisieran acogerse al indulto.

Entraron varios y colocaron dos enormes piedras en el boquete que servia de entrada, quedando incomunicados los de fuera con los de adentro.

Mientras el Curro y el Lechuguino curaban la herida de Rosa, el Yesero contó los que habia en la cocina.

—Somos veinte, dijo; Rosa, el Lechuguino y el Curro veintitres, faltan siete; de estos siete que faltan lo menos hay tres ó cuatro muertos, y algunos heridos, con que no hay que tener miedo.

Poco despues y cuando estaban tranquilos porque la herida de Rosa no ofrecia cuidado, empezaron á sentirse



gemidos hacía la entrada de la cocina por la parte de afuera.

—¿Quién anda ahí? gritó el Lechuguino acercándose sin temor porque las enormes piedras que cubrían la puerta le aseguraban de todo peligro.

—Abrid, por amor de Dios! estoy herido y me muero!... balbuceó una voz tímida y temblorosa.

—Ola!... es el Sacamuelas!... abrid, pobrecillo, ese tiene buen corazón y no es de los mas malos, dijeron algunos bandidos.

—Fuera los traidores, gritó el Curro.

—Déjale, seamos generosos ya que somos vencedores, dijo Rosa, que á pesar de la natural ferocidad de su carácter tenía un corazón muy compasivo.

—Ea! si tú lo quieres que abran; repuso el Curro.

—Sí; sí; añadió Rosa; y ved si ahí hay algun herido para curarle.

Estas palabras humanitarias de Rosa despertaron el entusiasmo de todos los bandidos que empezaron con vivas aclamaciones á su generosa capitana.

Recogieron en efecto, tres heridos, y solamente cuatro bandidos faltaron, tres cuyos cadáveres se encontraron en la montaña y el Chivato que *no parecía*.

CAPITULO LXI.

El caldo del obispo.

Varios dias se pasaron despues de abortada la conspiracion contra Rosa y el Curro, sin que encontrasen al Chivato, que no era posible hubiese salido del valle por los pendientes riscos que le circuián enteramente inaccesibles.

Cada dia se dedicaban seis bandidos á recorrer los alrededores en busca de su rencoroso compañero, mientras los demás continuaban sus trabajos unos en la recomposicion del camino que subia á la montaña, y otros en el que debia proporcionarles salida cómoda fuera del precipicio.

Rosa habia tenido que guardar cama á consecuencia de su herida; pero ya estaba mejor, igualmente que los tres bandidos que fueron heridos al propio tiempo que ella.

El Lechuguino era el enfermero, y debemos confesar que lo entendia.

Nadie como él estaba dispuesto á pasar las noches en

vela, sacrificando su reposo y atendiendo con el mayor esmero á los pacientes que se confiaron á su cuidado.

Preparaba por sí mismo los bendajes, los medicamentos y el suculento caldo de gallina que era capaz de dar la vida al estómago mas desfallecido.

Una tarde subió el Curro mas fatigado que de ordinario y enjugándose el sudor que corria por su frente, apesar de que la estacion era bastante fria, fué á sentarse á la cabecera de la cama de Rosa.

El antiguo jefe de los bandoleros estaba cada vez mas grueso; su alta estatura, su aspecto rudo y las patillas negras que sombreaban su moreno rostro, le presentaban como un hombre feróz, de carácter rudo y salvaje, y lo habia sido en efecto; estas cualidades distinguieron siempre al bandido hasta que vió á Rosa y conoció que en su pecho varonil y esforzado latía un corazon tierno capaz de abrigar ese sentimiento sublime que domestica las fieras y hace débil y tímido al hombre mas fuerte y mas indomable.

Amó y depuso en alas de este amor la soberanía de su fuerza.

—Vienes muy cansado?... le dijo Rosa.

—Mucho: la subida de esa montaña me fatiga; y cómo te sientes tú?...

—Perfectamente: mañana me levantaré.

—Es demasiado pronto.

—Capitan, quiere usted una taza de caldo? le dijo Lechuguino aproximándose á ellos.

—Hombre no me vendrá mal; contestó el Curro, y te agradezco el ofrecimiento.

—Los caldos del Lechuguino son capaces de resucitar á un muerto; repuso Rosa.

—Venga, pues; estoy desfallecido.

El muchacho armado de un cucharón se fué hácia el fuego donde habia una gran olla que exhalaba un olor delicioso.

Rosa se incorporó en su lecho de pieles.

—Tráeme á mí otra, hijo mio, exclamó ella.

—Usted puede comer un trozo de gallina que le tengo preparado; dijo el Lechuguino.

—Como quieras, pero antes una taza de ese admirable caldo que tú solo sabes preparar.

—Corriente, madrecita mia; será usted servida; dijo el muchacho que habia conservado la costumbre de llamar madre á Rosa desde que se disfrazó de viuda para escapar de la persecucion de las tropas.

—Y del Chivato, nada se sabe? preguntó Rosa.

—Parece que se le ha tragado la tierra: contestó el Curro con un gesto que manifestaba el disgusto que tenia por no encontrarle; yo no puedo creer que haya salido de este lugar impenetrable en que nos encontramos.

—Quién sabe si habrá encontrado él salida!... dijo Rosa.

—Oh! eso seria terrible! porque el traidor será capaz de vendernos y conducir hasta nosotros las tropas para que nos prendan, pero es imposible; hemos recorrido todos los alrededores y no hay salida ninguna.

Estamos rodeados por esta parte de la montaña, de una porcion de terreno montuoso, pero de un espesor de árboles, carrascas y arbustos, que forman un muro impenetrable.

Debe hacer lo menos cien años que no se ha hecho una tala en esos bosques.

—Por este otro lado está el torrente y mas allá los escarpados riscos, que á fuerza de un trabajo inmenso estamos cortando para proporcionarnos salida.

—Quién sabe si se habrá ahogado en el torrente, dijo el Lechuguino presentando en cada mano una taza de caldo.

—Acaso tengas razon; exclamó el Curro tomando la suya.

—Pues mira no está desprovista de fundamento esta opinion y debe tenerse en cuenta, añadió Rosa, enfriando el caldo con una cuchara de marfil que tenia para su uso.

—Pero en este caso hubiéramos encontrado el cadáver.

—Si las aguas corren despeñadas desde el precipicio y son capaces de arrollar con su fuerza prodigiosa toda clase de obstáculos, cómo quiere usted que hubiesen detenido el cuerpo de un hombre?... dijo el Lechuguino.

—Detenerle nó; pero arrojarle fuera.

—Le habrán arrastrado con ellas y deshecho entre esos inmensos peñascales donde van á perderse; dijo el Lechuguino.

—Tienes razon, hijo, soy de tu opinion; dijo Rosa saboreando con delicia el caldo.

—Qué bueno está, eh?... la preguntó el enfermero.

—Admirable!... pero cómo lo haces?

—Muy sencillamente; pongo en una olla grande tres ó cuatro gallinas, las dejo cocer hasta deshacerse y luego las machaco haciéndolas arina; en este estado las vuelvo al agua en que se han cocido y lo paso todo por un tamiz, queda poco caldo; pero es como ustedes ven, excelente.

—Mereces un premio, muchacho; exclamó el Curro devolviéndole la taza con sentimiento porque se había agotado demasiado pronto.

—En casa de mis padres aprendí algunos guisos, porque mi madre que era hija de unos ricos hidalgos de Castilla, estaba muy acostumbrada á la buena mesa, y sabia hacer unos guisos succulentos y apetitosos; entre ellos este caldo de gallina que llamaba mi padre *caldo del obispo*, porque conocieron á uno de estos señores que no se alimentaba con otra cosa.

—Pues no digas mas, hijo, cosa de curas habia de ser: en los conventos no se carece de nada, yo me crié en uno con un tio fraile franciscano que se empeñaba en que profesase, y desde que salí de allí no he comido tan bien en ninguna parte; dijo el Curro.

—Y cómo ha sido esa trasformacion desde fraile á bandolero?... preguntó Rosa.

—Muy sencillo; porque mis inclinaciones no estaban por la vida monástica; estuve con mi tio siguiendo los estudios sin decidirme á dejarle por temor al disgusto que le iba á ocasionar cuando me habia servido de padre, hasta la edad de veinte años en que por fin me casé, haciéndole comprender que no habia nacido para la vida religiosa.

—Con qué eres casado?... preguntó con asombro Rosa; yo te creí libre.

—Y lo soy; mi mujer murió al dar á luz una niña que llamamos Jimena, el nombre de mi madre.

El Curro, al recordar estos detalles de su vida que nunca habia confiado á nadie, se conmovió visiblemente.

—Es necesario que yo sepa tu vida, le dijo Rosa, cuéntamela.

—Con mucho gusto.

—Puedo yo también oírlo?... dijo el Lechuguino sentándose á los pies de la cama de Rosa.

—No hay inconveniente; escuchad.